Plegarias abrasadas de Amor

La oración, la dimensión contemplativa, la vida interior, la unión con Dios... son temas inagotables.

Maximiliano Kolbe no sólo los trató con amplitud, sino que también compuso un buen surtido de oraciones, entre las cuales se destacan las oraciones a la Inmaculada. Nos parece muy natural hacerlas conocer.

El amor es fuego y se manifiesta en llamas. El corazón enamorado, a través de himnos y cánticos, oraciones y vuelos líricos, expresa sus gozos, su confianza, sus esperanzas, sus aspiraciones, sus preocupaciones.

¡Qué bueno sería si, utilizando los sentimientos de san Maximiliano, uniéramos nuestras voces a la suya! Más aún, ¡qué bueno sería si le pidiéramos que nos contagiara su fervor y su devoción!

Aliento y consuelo a los pies de la Virgen

Maximiliano, a semejanza de san Pablo, estaba rodeado de problemas, fastidios, dificultades... En su juventud había sufrido la tuberculosis y casi a diario padecía fiebre. Como san Pablo, llevaba sobre sus hombros las preocupaciones de sus comunidades marianas y de sus muchas obras. Además de las críticas condiciones económicas nacionales, debía soportar las estrecheces de los comienzos.

Su revista predilecta, "El Caballero de la Inmaculada", *tuvo*

que arrostrar sinsabores, escarnios, tenaz oposición de parte de otras revistas y de las grandes Agencias del papel, que le imponían condiciones leoninas.

Maximiliano se siente un tanto acorralado por esta jauría hostil y, sin amainar los IDEALES, busca aliento y consuelo a los pies de la Inmaculada:

Tú, Virgen Inmaculada, lo sabes todo y ya sabes también esto. Algunas revistas se están levantando contra *"El Caballero..."*, porque difunde tus beneficios, tus gracias y tus prodigios. Quisieran que nadie los conociera, quisieran eliminar los testimonios de tu presencia en medio de nosotros.

¡Pobrecitos! Están enceguecidos por prejuicios de variado género, prejuicios que, hasta bajo el manto de la ciencia, continúan todavía persistiendo en esta pobre tierra; más aún, son alentados por nuestra corrupta y desenfrenada naturaleza humana, que ansía no sólo la libertad, sino también el libertinaje.

Tú, Madrecita, conoces a estos pobrecitos... y extenderás hacia ellos la mano. Tú los iluminarás y los ayudarás, porque los amas mucho, muchísimo. Y en ese momento también ellos conocerán tu bondad y tu potencia como las conocemos nosotros, y te amarán como te amamos nosotros, más aún, mucho más, ilimitadamente más, como te queremos amar nosotros...

Entonces ellos no sólo no se entristecerán del hecho de que tu *"Caballero"* difunda tus beneficios y de esa manera divulgue la confianza y el amor hacia ti; sino que con todas sus fuerzas obrarán de tal modo que toda gracia que tú concedes, aunque fuere en el más remoto rincón de la tierra, sea conocida de todos y en el corazón de todos aumenten la confianza y el amor hacia ti, Madrecita.

Trabajarán para que tu *"Caballero"* se difunda en todas partes no ya en la tirada de 120.000 ejemplares, como hasta hoy, ni de 150.000, como en este mes de diciembre de 1929, a causa de la propaganda para el nuevo año, sino que se imprima en tal cantidad y en tan numerosos idiomas del mundo que todo habitante de cualquier rincón de la tierra pueda recibir y efectivamente reciba y lea mensualmente tu *"Caballero"*. Tú les concederás esta gracia, ¿verdad, Madrecita?... (SK 1146).

Augurios onomásticos a la Madre celestial

En los cumpleaños y en los onomásticos, con los augurios se suelen ofrecer ramos de flores, regalos y atenciones...

Maximiliano aprovecha la circunstancia del 8 de setiembre, Natividad de María, para renovar a la Virgen la consagración de todo su ser y el deseo de una recíproca pertenencia.

¿Qué te debo augurar, qué te puedo augurar? Quisiera recoger, lo más que me sea posible, los más dulces augurios, para ponerte contenta; pero no sé qué ni cómo, y... permanezco mudo.

Oh María Inmaculada, yo te auguro —y tú misma sabes que te auguro de corazón, con todo mi pobre corazón— todo lo que tú misma deseas. Te auguro todo lo que te augura hoy Jesús, tu Hijo divino, pero Hijo verdadero y que te ama infinitamente. Te auguro lo que te augura tu divino y virginal Esposo, el Espíritu Santo. Te auguro lo que el Padre celestial y toda la santísima Trinidad te augura.

¿Qué más te debo augurar, oh Madre mía y toda mi esperanza?

Te auguro todo lo que mi pobre corazón, con tu ayuda, logra, puede lograr, o podría lograr augurarte...

¿Qué más augurarte, oh mi Señora, Señora de la tierra y del cielo, oh Madre de Dios mismo?

Lo que te digo es muy poco y muy limitado, pero a ti te agrada.

Te deseo que tomes posesión de mí lo antes posible y de la manera más perfecta; y ¡ojalá pueda hacer yo lo mismo contigo! ¡Que lo antes posible yo sea de veras tuyo, sin límites, sin condiciones, irrevocablemente, eternamente; y tú mía!

Al mismo tiempo te auguro que tomes posesión de todo corazón que late en todo el orbe terrestre, en todo el universo, y esto lo más pronto, lo más pronto, lo más pronto posible.

Igualmente, te auguro que tomes posesión en particular y conjuntamente, de los corazones de todos los que vivan en el futuro, y esto desde el comienzo de su existencia y para siempre (SK 1165).

Dichosa impotencia

Maximiliano, como desgranaba los granos del rosario, así desgranaba con la palabra y con la pluma las alabanzas de la Virgen.

Pero se siente dichosamente desbordado y el silencio de humildad y admiración se vuelve un estupendo homenaje a la Toda Hermosa.

De veras son numerosos los que escribieron acerca de ti, ¡oh

Inmaculada! Sin embargo, todos reconocen humildemente que no fueron capaces de escribir algo verdaderamente digno de ti. Los consolaba solamente el convencimiento de que, a través de sus palabras, tú misma habrías hablado a las almas y que tú habrías instruido a las personas humildes y castas mucho mejor que lo que ellos mismos habrían podido imaginar, mientras escribían.

Concédeme también a mí que te pueda alabar, oh Virgen santísima, aunque yo sepa que no soy digno de escribir de ti y sepa también que la inteligencia humana no es capaz de comprender tu gloria.

Tú eres refugio de los pecadores, la ayuda de los cristianos, la Reina de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, de todos los santos y de los mismos ángeles; tú eres la Madre de Cristo, la Madre del Salvador, la Madre del Redentor, la verdadera Madre de Dios (SK 1224).

Con la Inmaculada ante el pesebre

Maximiliano, como todo creyente y como fiel discípulo de san Francisco de Asís, el "inventor" del pesebre, se deleita ante las maravillas del pesebre y quiere descubrir los sentimientos de ternura de la Madre hacia el Niño-Dios.

¿Qué pensabas tú, oh Inmaculada, al depositar por primera vez al Niño divino sobre el pequeño montón de forraje? ¿Qué sentimientos inundaban tu corazón, mientras lo envolvías en fajas, lo apretabas a tu corazón y lo amamantabas con tu seno?

Tú sabías bien quién era ese Niño, ya que los profetas habían hablado de Él, y tú los comprendías mejor que todos los fariseos y los estudiosos de la Escritura. El Espíritu Santo te había comunicado una cantidad incomparablemente mayor de luces a ti que no a todas las otras almas tomadas en conjunto. Además, ¡cuántos misterios sobre Jesús habrá revelado sólo y exclusivamente a tu alma inmaculada aquel Espíritu divino que vivía y obraba en ti!

Ya en el momento de la anunciación la santísima Trinidad, por medio de un ángel, te había presentado de modo claro su plan de redención y había esperado de ti una respuesta. En aquel momento tú te habías dado cuenta expresamente de aquello a lo que dabas tu consentimiento, ¡de quién estabas por ser Madre!

Helo ahora delante de ti, en forma de niño recién nacido.

¿Cuáles sentimientos de humildad, de amor y de gratitud

debieron recolmar tu corazón..., mientras admirabas la humildad, el amor y la gratitud que el Dios encarnado tenía hacia ti?

Llena, te ruego, también mi corazón de tu humildad, de tu amor y de tu gratitud (SK 1236).

Concédeme la gracia de alabarte

Maximiliano se pone a los pies de la Virgen María y le dirige una mirada suplicante para preguntarle su misterio; pero, para descubrir el misterio de la Virgen, es necesario elevarnos con la mente y el corazón hacia el misterio de la santísima Trinidad y considerar, una tras otra, las relaciones de cada Persona divina con la Inmaculada.

Ante esa excelsitud el Padre Kolbe, como embriagado de sol y de eternidad, se extasía y prorrumpe en una catarata de alabanzas, de apuestas amorosas y de contrapuntos canoros.

Es la plegaria más grandiosa y cósmica que brotó del pecho del santo. Por eso en nuestro libro: "María, Estrella de la Evangelización", *pág. 85, la denominamos* "Oración apasionada".

¿Quién eres, oh Señora? ¿Quién eres, oh Inmaculada? Yo no soy capaz de examinar de manera adecuada lo que significa ser "criatura de Dios". Supera aún más mis fuerzas el comprender lo que quiere decir ser "hijo adoptivo de Dios".

Y tú, oh Inmaculada, ¿quién eres? No sólo eres criatura, no sólo eres hija adoptiva, sino que eres Madre de Dios; y no sólo Madre adoptiva, sino verdadera Madre de Dios.

No se trata de una hipótesis o de una probabilidad, sino de una certidumbre, de una certidumbre total, de un dogma de fe.

Pero, ¿eres todavía Madre de Dios? El título de madre no sufre cambios. Por toda la eternidad Dios te llamará: "¡Madre mía!..." Aquel que estableció el cuarto mandamiento, te venerará por toda la eternidad, siempre...

¿Quién eres, oh divina?

Él mismo, el Dios encarnado, amaba llamarse: "Hijo del hombre"; pero los hombres no lo comprendieron. También hoy, ¡cuán pocas son las almas que lo comprenden y cuán imperfectamente lo comprenden!

Concédeme que te alabe, oh Virgen Inmaculada.

Te adoro, oh Padre nuestro celestial, porque depositaste en el regazo purísimo de Ella a tu Hijo unigénito.

Te adoro, oh Hijo de Dios, porque te dignaste entrar en el seno de Ella y llegaste a ser verdadero y real Hijo de Ella.

Te adoro, oh Espíritu Santo, porque te dignaste formar en el seno inmaculado de Ella el cuerpo del Hijo de Dios.

Te adoro, oh Trinidad santísima, oh Dios uno en la santa Trinidad, por haber ennoblecido a la Inmaculada de un modo tan divino.

No dejaré jamás, cada día, apenas despierto del sueño, de adorarte humildísimamente, oh Trinidad divina, con el rostro de bruces, repitiendo tres veces: "Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio y ahora y siempre y por los siglos de los siglos. ¡Amén!"

Concédeme que te alabe, oh Virgen santísima.

Concédeme que te alabe con mi empeño y sacrificio personal.

Concédeme que viva, trabaje, sufra, me consuma y muera por ti, solamente por ti.

Concédeme que te atraiga al mundo entero.

Concédeme que contribuya a una siempre mayor exaltación de ti, a la más grande exaltación posible de ti.

Concédeme que te rinda una tal gloria como hasta ahora nadie te la tributó.

Concede a los demás que me superen en el celo por tu exaltación y a mí que los supere. Así en esta noble emulación tu gloria se acrecentará siempre más profundamente, siempre más rápidamente, siempre más intensamente, como lo desea Aquel que te ensalzó de modo tan inefable por encima de todos los seres.

En ti sola Dios fue adorado, sin comparación, más que en todos tus santos.

Para ti Dios creó el mundo. Para ti Dios me llamó también a mí a la existencia. ¿Por cual motivo merecí esta fortuna?

¡Ea, concédeme que te alabe, oh Virgen santísima! (SK 1305).

Ansias de amor y de luz

Ansias de amor, ansias de luz, ansias de comunicar a los demás los gozos de los propios descubrimiento: he ahí todos los latidos del corazón de san Maximiliano. Todo es deslumbramiento, todo es mensaje de vida y de eternidad.

Oh Inmaculada, Reina del cielo y de la tierra, yo sé que no soy digno de acercarme a ti ni de caer de rodillas ante ti con el rostro

por tierra; pero, ya que te amo mucho, me atrevo a suplicarte que seas tan buena que me quieras decir quién eres tú.

Deseo conocerte siempre más, ilimitadamente más, y amarte de modo siempre más ardiente, con un ardor sin el mínimo obstáculo.

Además, deseo revelar también a las otras almas quién eres tú, para que un número cada día más creciente de almas te conozca cada vez más perfectamente y te ame cada vez más ardientemente.

De esa manera tú llegarás a ser la Reina de todos los corazones que laten en la tierra y latirán en cualquier tiempo, ¡y esto lo antes y lo más rápidamente posible!

Algunos ni siquiera conocen tu nombre, tampoco hoy; otros, sumergidos en el barro de la inmoralidad, no se atreven a elevar la mirada hacia ti; otros creen no tener necesidad de ti para alcanzar la meta de su vida; y hasta hay algunos a los que Satanás —que no quiso reconocerte por su Reina y, por esto, de ángel se transformó en demonio— no permite que dobleguen las rodillas ante ti.

Muchos son los que te aman, que te quieren mucho; y, sin embargo, ¡cuán pocos son los que por amor hacia ti están dispuestos a todo, a las fatigas, a los sufrimientos y hasta al sacrificio de la vida!

¿Cuándo, oh Señora, dominarás soberana en todos los corazones y en cada uno en particular?

¿Cuándo todos los habitantes de la tierra te reconocerán a ti como Madre, al Padre celestial como Padre y de esa manera, finalmente, se sentirán hermanos? (SK 1307).

Bajo el manto de la Virgen Inmaculada

Bajo tu protección, oh Madre dulcísima, y con la invocación del misterio de tu Inmaculada Concepción, deseo cumplir todas mis acciones y sobrellevar todo lo que me suceda.

Además, propongo solemnemente ofrecer todo esto con la finalidad de dar mi contribución, con todas las energías a mi disposición, para rendir a Dios el culto debido, mediante la difusión de la devoción hacia ti.

Te ruego, oh Madre amorosísima, que dirijas benignamente tu sostén a mis fatigas.

Por mi cuenta, prometo devota y libremente, como es justo, que voy a reconocer, como alcanzada de Dios por tu intercesión, cualquier ventaja que derive de estas mis actividades.

Concédeme que te alabe, oh Virgen santísima, y dame fuerzas contra tus enemigos (SK 1353).

Sin sacrificio no hay amor

Las cruces, fuentes de gracias

Cruces, dificultades, tribulaciones, incomprensiones, contrastes... son problemas diarios. ¿Qué hacer? ¿Cómo iluminar ese trasfondo oscuro de nuestra existencia?

Jesús nos tiene preavisados: "El que quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mt 16,24).

El Padre Kolbe sufrió mucho tanto en su cuerpo como en su psiquis. Por esto su mensaje rezuma experiencia y vivencia. Nos va a decir que "las cruces son fuentes de innumerables gracias". Para avalar sus ideas, nos cita el ejemplo de santa Teresita del Niño Jesús. El Padre Maximiliano nos ofrece una excelente lección de ascética concreta.

Para facilitarnos la actividad dirigida al bien de las almas, Dios permite un surtido de pequeñas cruces, dependan o no de la voluntad ajena, procedan o no de una voluntad recta. Este es un campo inmenso de innumerables manantiales de gracias que debe ser utilizado. Entre otras cosas son fuentes de méritos los disgustos provocados por otras personas.

¡Con qué dichosa esperanza, en estos casos, podemos repetir cada vez en el "Padrenuestro": "Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden" (Mt 6,12). Esta oración nos fue enseñada por Jesús mismo. Por esto es suficiente el perdón

completo de las culpas ajenas cometidas con respecto a nosotros, para lograr el derecho al perdón por las culpas que nosotros cometemos con respecto a Dios. ¡Qué pena, pues, si no tuviésemos nada que perdonar y qué fortuna cuando, en el curso de una jornada, nos sucede tener muchas y más graves culpas que perdonar!

Para ser sinceros, la naturaleza siente horror ante el sufrimiento y la humillación; pero a la luz de la fe, ¡qué necesarios son para purificar nuestra alma y, por esto, qué gratos han de sernos! ¡Cómo contribuyen a acercarnos mayormente a Dios y, por ende, a una mayor eficacia de la oración y a una más valedera acción misionera!

Además, el amor recíproco no consiste en que nadie nos procure disgustos, sino en que nos esforcemos por no disgustar a los demás y nos acostumbremos a perdonar en seguida y completamente todo lo que nos causa ofensa. En esta recíproca tolerancia consiste la esencia del amor recíproco.

Escribe santa Teresita: "Comprendí cuán imperfecto era mi amor hacia mis Hermanas. ¡Oh! ¡Jesús no las amaba así! Entiendo ahora que el amor auténtico consiste en sobrellevar los defectos y las equivocaciones de nuestro prójimo, en no admirarse de sus imperfecciones, sino en edificarse por todo mínimo acto de virtud. Sobre todo entendí que el amor no ha de permanecer encerrado en lo hondo del corazón, porque "nadie enciende una lámpara para ponerla bajo el celemín, sino en el candelero, para que alumbre a todos los de la casa" (Lc 11,33). Me parece que esta lámpara evangélica represente el amor, que debe iluminar y alegrar no sólo a los que nos son más queridos, sino a todos los que están en la casa" (SK 925).

Pequeñas cruces diarias

¿Es necesaria la penitencia? Jesús ponderó de modo inequivocable la necesidad de la penitencia, y la Inmaculada a Bernardita en Lourdes señaló en la penitencia uno de sus deseos que hay que proclamar a todos.

¿En qué modo hacer penitencia?

La salud y las obligaciones del propio estado no permiten a todos el rigor de la penitencia; pero todos reconocen que el recorrido de la propia vida está cubierto de pequeñas cruces. La aceptación

de tales cruces en espíritu de penitencia: he ahí un vasto campo para el ejercicio de la penitencia.

Además, el cumplimiento de las propias obligaciones, el cumplimiento de la voluntad de Dios en todo instante de la vida —el cumplimiento perfecto en las acciones, en las palabras y en los pensamientos— exige muchas renuncias a aquellas cosas que nos podrían parecer más gratas en un dado momento. He ahí, pues, una fuente copiosísima de penitencia.

Jesús nos exhorta a no estar tristes en el hacer penitencia, sino a hacer nacer del amor la penitencia. Un alma que ama a Dios, desea agradarle siempre y en todo momento, con todo pensamiento, con toda palabra, con toda acción, con toda la propia actividad y con toda la propia existencia. Cuando le sucede sacrificar algún afecto para procurar alegría a Dios, se considera afortunada, porque tiene la posibilidad de dar una prueba de amor desinteresado. Precisamente por esto los santos deseaban vivamente los sacrificios y las cruces, porque éstos atestiguaban que su amor era puro. Efectivamente ellos purificaban su amor y extirpaban los diferentes afectos contrarios a ese amor.

Todos, pues, podemos hacer penitencia, cualesquiera sean las condiciones de salud, el género de ocupación y las obligaciones del propio estado; más aún, podemos hacer penitencia en todo instante de nuestra vida, con tal que se la haga por amor (SK 1303).

Cruces, óptima escuela

La Cruz del Señor es llamada por los santos el libro de la vida y escuela de toda virtud. También nuestras cruces pueden llegar a ser una óptima escuela de virtud.

Entre las cruces diarias las más dolorosas, quizás, son los contrastes familiares o los contrastes entre Hermanos en el convento.

El proverbio "Si santo quieres ser, tus hermanos te han de hacer" tiene mucha miga y muchas aplicaciones tanto a los esposos y padres de familia como a los religiosos.

El Padre Maximiliano, en los Ejercicios del año 1917, dejó estampada la siguiente receta corta, pero contundente, para practicar la paciencia y la caridad y para no perder la serenidad psíquica.

No faltarán ni las contrariedades y mucho menos las cruces,

quizás también muy pesadas; pero la Inmaculada lo puede todo. Escribo esto también por efecto de una reciente experiencia personal. Las cruces serán una escuela óptima y acrecentarán méritos, agobiarán pero al mismo tiempo elevarán espiritualmente y enseñarán a no confiar en las propias falaces fuerzas, sino únicamente en la Inmaculada. Dios, pues, las envía para demostrar su misericordia (SK 429).

Los hermanos que crucifican son un tesoro: ¡ámalos! Ser crucificados por amor del Crucificado es la única felicidad en la tierra (SK 968).

El vértice del amor

El Señor Jesús proclamó: "No hay amor más grande que dar la vida por los amigos" *(Jn 15,13), y murió en la Cruz, dándonos la máxima muestra de amor.*

El Padre Maximiliano fue un discípulo sobresaliente del Señor, ofreciendo su vida para sustituir a un compañero injustamente condenado a muerte...

También nosotros en nuestra vida diaria tenemos mil motivos y mil ocasiones para demostrar amor— ¡siquiera algunas migajas! — a través de sacrificios y servicios.

Queridos hijos, recordemos que el amor vive y se nutre de sacrificios.

Agradezcamos a la Inmaculada por la paz interior y los éxtasis de amor; sin embargo, no olvidemos que todo esto, aunque bueno y hermoso, no es en absoluto la esencia del amor; y el amor, y más el amor perfecto, puede existir también sin todo eso.

El vértice del amor es el estado en el que vino a hallarse Jesús en la cruz, cuando dijo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt 27,46).

Sin sacrificio no hay amor. El sacrificio de los sentidos..., el sacrificio del gusto, del oído y así sucesivamente; y, por encima de todo, el sacrificio de la razón y de la voluntad en la santa obediencia.

Cuando el amor a la Inmaculada, a la bondad de Dios en Ella, al amor del Corazón divino que se personificó en Ella, cuando tal amor nos aferre y nos compenetre, entonces los sacrificios llegarán a ser una necesidad para nuestra alma. El alma deseará presentar constantemente demostraciones siempre nuevas y siempre más

profundas de amor; y tales demostraciones no son nada más que los sacrificios.

Les auguro, entonces, a todos ustedes y también a mí mismo el mayor número de sacrificios (SK 503).

¡Qué breve es la vida!, ¿verdad? ¡Cómo huye de prisa el tiempo!... Vendámoslo, o, mejor, donémoslo, ofrezcámoslo a caro precio, al precio más elevado posible.

Cuanto mayores sean los sufrimientos, tanto mejor es, porque después de la muerte no se puede sufrir más. ¡Es breve el tiempo en el que se puede demostrar amor! Además, ¡nosotros vivimos sólo una vez! (SK 499).

Nada grande nace sin dolor

El Padre Mariano Wojcik, director del "Pequeño Diario" de Niepokalanów, tenía que enfrentar y repechar montañas de problemas y de dificultades, que bien podrían llamarse "tempestades".

El Padre Kolbe se hallaba en la misión japonesa de Nagasaki, pero, a pesar de las distancias, seguía con amor y solicitud las actividades de la primera ciudad mariana. He aquí el hermoso mensaje de aliento que dirige al Padre Mariano:

Creo comprender qué tempestades debes sostener tanto en lo exterior como en lo interior; de cualquier manera, en las obras divinas nada grande nace sin dolor.

Por otra parte, ¿podría haber un sacrificio demasiado grande, cuando se trata de la Inmaculada? Nosotros nos hemos consagrado a Ella no sólo en teoría, sino realmente en práctica. Y si no nos cansamos en la batalla para conquistar el mundo para la Inmaculada, los sufrimientos no dejarán de abatirse sobre nosotros; y cuanto más arduamente luchemos, tanto más pesados y numerosos serán los sufrimientos que nos caerán encima.

Pero sólo hasta la muerte. Después vendrá la resurrección. Y también si (pero es una cosa imposible) la Inmaculada no nos diera recompensa alguna por esto, sin embargo, nosotros le consagramos igualmente a Ella con fervor y entusiasmo toda entera nuestra vida. Nosotros no nos consagramos en vista de una recompensa, sino únicamente por Ella.

Justamente en el fragor de las primeras dificultades por "El Caballero de la Inmaculada", mientras estaba todavía en Craco-

via, me zumbaba en la cabeza el pensamiento: "¿Para qué te van a servir todos estos fastidios? Los demás trabajan con celo por el Señor y por el bien de las almas y tienen mayor tranquilidad". Y uno de los Padres más ancianos, celosos y beneméritos (no era de Cracovia), definió la entera obra de "El Caballero..." de esta manera clara y contundente: "Una mujer no tenía fastidio alguno; entonces se compró un lechoncito".

También en ese entonces la base de todo el trabajo fue la santa obediencia, en cuanto expresión de la voluntad segura de la Inmaculada (SK 631).

(A través de ese proverbio polaco, Maximiliano Kolbe quiere decirnos que, a pesar de sus achaques de salud, no se replegó en una tranquila vida de convento, sino que, fascinado por los fulgores de la Inmaculada, se lanzó a las más arduas fatigas apostólicas).

Peregrinos hacia la casa del Padre

¿Cómo será la vida futura?

La meta final del hombre no es ni la tumba ni la nada, sino los brazos amorosos de nuestro Padre celestial.

Jesús sintetizaba su trayectoria: "Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre" (Jn 16,28).

De manera semejante, también nosotros podemos aplicarnos las palabras de Jesús. Salimos del Corazón del Padre celestial como un proyecto de amor, debemos cumplir una misión en el mundo y un día regresaremos hacia la casa del Padre.

Nadie puede imaginarse el paraíso, porque trasciende nuestra experiencia; pero ya que es Dios Uno y Trino con sus comunicaciones trinitarias y los esplendores de sus perfecciones, el paraíso será un océano de luz, de amor, de felicidad...

San Juan compara el paraíso a una ciudad feliz y escribe: "La ciudad no necesita ni la luz del sol ni de la luna, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero. Las naciones caminarán en su luz..." (Ap 21, 23-24). Él continúa imaginando que ella se construya con los materiales más preciosos y más hermosos que se pueden pensar: con el oro y con las más diversas piedras preciosas...

De manera mejor describe el paraíso aquel que, ya en esta vida, fue arrebatado hasta él por algún tiempo, o sea, san Pablo, que

afirma: "Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni jamás entró en el corazón del hombre, eso preparó Dios para los que le aman" (I Co 2,9). Es una descripción más cercana a la realidad, porque muestra la infinita diferencia que pasa entre las ideas que nosotros tenemos del paraíso y su realidad.

De todas maneras, pueden tener una idea de cómo será el paraíso, los que ya en esta tierra tuvieron la posibilidad de saborear un pequeño anticipo de paraíso. Y cada uno lo puede experimentar. Es suficiente acercarse a la confesión con sinceridad, diligencia, profundo dolor de los pecados y firme propósito de enmienda. En seguida sentirán una paz y una felicidad en cuya comparación todos los placeres fugaces, pero deshonestos, del mundo son, más bien, un odioso tormento.

Cada uno procure acercarse a recibir a Jesús en la Eucaristía con una buena preparación; no permita jamás que la propia alma permanezca en el pecado, sino que la purifique inmediatamente; cumpla bien todas sus obligaciones; eleve humildes y frecuentes oraciones hacia el trono de Dios, sobre todo, a través de las manos de la Virgen Inmaculada; abrace con corazón caritativo también a los demás cohermanos, soportando por amor a Dios sufrimientos y dificultades; haga el bien a todos, incluyendo a los propios enemigos, únicamente por amor a Dios y no por ser alabado ni mucho menos agradecido por los hombres. Entonces se dará cuenta de lo que quiere decir saborear de antemano el paraíso y más de una vez, quizás, hallará la paz y la felicidad también en la pobreza, en el sufrimiento, en la deshonra, en la enfermedad...

Este goce anticipado del paraíso es también un seguro preanuncio de la bienaventuranza eterna. En verdad, no es fácil dominarse a sí mismo según el modo susodicho, con el objeto de conquistar esta felicidad; pero no olvidemos que quien lo pida con humildad y perseverancia a la Inmaculada, lo obtendrá seguramente. Ella no es capaz de rehusarnos nada, ni Dios es capaz de rehusarle nada a Ella.

Con todo, dentro de poco sabremos con exactitud cómo será el paraíso. Seguramente, dentro de cien años, ninguno de nosotros ya caminará en esta tierra. Pero ¿qué son cien años frente a lo que ya pasamos?... En fin, ¿quién esperaría aún tantos años?... Dentro de poco, pues, con tal que nos preparemos bien, bajo la protección de la Inmaculada (SK 1065).

Moradas celestiales

La ascensión del Señor es el coronamiento de su trayectoria terrenal y el principio de sus gozos eternos. Pero Jesús no subió solo a los cielos, sino que subió también como Cabeza de la Iglesia. Y como Cabeza de la Iglesia sigue su misión de Mediador y de intercesor: "Vive siempre para interceder por nosotros" (Hb 7,25).

Jesús nos ha señalado otro motivo de su ascensión: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Subo, pues, a mi Padre, para prepararles un lugar" (Jn 14, 1-2).

Como los padres preparan una cuna y todas las prendas necesarias para el nacimiento del hijo, para nuestro nacimiento a la vida eterna Jesús mismo se encarga de prepararnos una cuna celestial, es decir, un nido de amor, un lugar de paz y una morada de felicidad.

Jesús te está preparando el lugar en el paraíso.

Dios, la santísima Virgen Inmaculada, el Padre san Francisco, los santos y beatos de nuestra Orden y el paraíso entero, la Orden, los superiores, los cohermanos y los seglares vean que tú de veras resucitaste.

Es un trabajo duro, pero con la ayuda de Dios todo lo puedes.

Para la perseverancia existe la recompensa (SK 962).

El paraíso se acerca...

Cada día que pasa nos acerca al paraíso. Cada tarea puede ser —y debe ser— una siembra, cuya cosecha será el paraíso. Cada dolor puede transformarse en una perla de eternidad. Cada esfuerzo va a tener su premio. Cada deseo va a tener su realización.

Si el ser humano tiene una grandeza divina, su destino lo hace aún más grande. ¡Qué desafío y qué exaltación, para que nada desperdiciemos, todo lo santifiquemos con la recta intención y todo lo ofrezcamos a Dios por las manos inmaculadas de la Virgen!

Queridísimos hijos, en las dificultades, en las tinieblas, en las debilidades, en los desalientos... recordemos que el paraíso... el paraíso... se está acercando. Cada día que pasa es un día entero de menos de espera. ¡Ánimo, pues! La Inmaculada nos espera allá arriba para apretarnos a su Corazón.

No presten oído al diablo, que quiere hacerles creer que el

paraíso existe, pero no para ustedes. Aunque hubiesen cometido todos los pecados posibles e imaginables, un solo acto de amor perfecto puede lavarlo todo de tal modo que no quede ni una sombra.

Queridísimos hijos, ¡cómo desearía decirles y repetirles lo buena que es la Inmaculada, para poder alejar para siempre de sus pequeños corazones la tristeza, el abatimiento interior y el desaliento. La sola invocación "¡María!", aun con el alma sumergida en las tinieblas, en las arideces y hasta en la desgracia del pecado, produce un eco muy fuerte en su Corazón que tanto nos ama. Y cuanto más infeliz es el alma, hundida en las culpas, tanto más la rodea de amorosa y solícita protección la Virgen, que es refugio de nosotros, los pecadores.

No se aflijan en absoluto si no sienten tal amor. Si quieren amar, esto es ya un signo seguro de que están amando. Se trata sólo de un amor que procede de la voluntad. También el sentimiento exterior es fruto de la gracia, pero él, no siempre, sigue inmediatamente la voluntad.

Puede sobrevenir, mis queridos, un pensamiento, casi una triste nostalgia, una súplica, una lamentación: "¿Quién sabe si la Inmaculada me ama aún?..."

Hijos amadísimos, lo digo a todos juntos y a cada uno en particular en su nombre, noten bien, en su nombre: "Ella ama a cada uno de ustedes, los ama mucho y en todo momento sin excepción alguna". Esto, queridísimos hijos, se lo repito en su nombre (SK 509).

La vida es breve, el sufrimiento es breve; y después, ¡paraíso, paraíso, paraíso! ¡Ánimo, pues! (SK 965).

Indice

Sólo el Amor crea 5
Hombre, ¿quién eres? 9
Dios Creador y Padre 15
La verdad, no las verdades 23
Dios es Amor Trinitario 29
Jesús: camino, verdad y vida 37
El Espíritu Santo, esposo de la Inmaculada 47
Iniciativas de Dios en la historia del hombre 57
Madre de Dios y Madre de la Iglesia 73
La Inmaculada Concepción y sus esplendores solares 93
La Inmaculada: ideal de vida y de apostolado 109
La Inmaculada y la Orden franciscana 119
La Inmaculada y su Milicia 135
Despliegues e irradiaciones 151
Consagración a la Inmaculada 169
Al servicio de la Iglesia misionera 185
Vida religiosa, o un amor más alto 199
La pobreza franciscana 209
La obediencia y la libertad 217
Vida interior 227
Plegarias abrasadas de amor 241
Sin sacrificio no hay amor 249
Peregrinos hacia la casa del Padre 255
Obras del mismo autor 259